

Bendito castigo

GISELA LÓPEZ ANGERIZ

UNIVERSO
de LETRAS 

*Una historia de amor propio que no se entendería sin el amor
al prójimo.*

El Chojin

Prólogo

Las personas me gustan más que los principios. Y las personas sin principios me gustan más que nada en el mundo.

Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*

Era un hombre considerado poco moral. Moralmente flexible, con una moral propia. Había quien decía que era un hombre sin valores. ¿Sin valores? No lo creo. Tenía los suyos. Propios, férreos, igual de válidos. Porque ¿quién es uno para definir la moral? ¿Acaso no es un mero conjunto de reglas impuestas, que nos hace sentir mal si no actuamos como está aceptado? La moral está sobrevalorada. No es más que un invento para atarnos en corto, castigarnos si escapamos de lo convencional o premiarnos si nos conformamos con una vida mediocre, éticamente correcta. La moral no es tuya, ni mía. La moral es católica en Europa y protestante en América. La moral se vende a los intereses, se compra. La moral no es nada. Y sus férreas normas te encierran en la figura de oveja, color blanco pureza, te hacen berrear al unísono y te colocan en las idealizadas praderas del cielo. Pero en realidad, los límites de su paraíso se desdibujan con la misma facilidad que las témperas en un folio. Te creas, cuando los rompes, a ti mismo, te

expandes más allá de los límites sociales, te dejas ser, emborronando el papel que acaba componiendo el colorido de tu historia. Te equivocas, aprendes, vives. Solo alguien moralmente correcto se rebajaría a seguir las líneas del camino. Solo el rebaño reduce su vida a un folio en blanco.

A mí siempre me han gustado las normas, la organización, la rigidez. Es una forma de tenerlo todo estrechamente ligado, separando con etiquetas el bien y el mal. Lo justo y lo injusto. Lo moral y lo inmoral. Etiquetas que me dan la seguridad de estar actuando con rectitud y me hacen creer ingenuamente que tengo el control. ¿Pero hasta cuándo es capaz una persona de mantenerlo? ¿En qué momento traiciona su moral? La respuesta es muy sencilla: en cuanto tiene ocasión. Justo en ese instante en que entra en conflicto el querer y el deber. Justo cuando la pone en una balanza. En ese momento ya la ha perdido. Puedes buscar una razón de peso para engañarte, excusarte y justificarte, pero la verdad es que solo tenías una salida: seguir la moral o ser fiel a ti mismo. Porque detrás de todo aquello que incomoda a la sociedad y es tachado, precisamente, de malo, injusto e inmoral, detrás de todo eso, empieza la vida, el instinto, la pasión. Empieza tu camino y a veces, a ratos, la felicidad. Aunque eso no lo sabes mientras tienes el control. Es difícil de entender cuando aprendes que son tus valores los que te definen. Pero ¿acaso no es más noble aquel que actúa por honestidad? ¿Hay en este mundo algo más sincero que hacer lo que cada célula de tu ser se muere por hacer? ¿En qué queda una persona que reniega de su instinto más primario?

Del mismo modo que siempre me han gustado las reglas, también me ha gustado desafiar al poder en cualquiera de sus formas. Si me decían rosa, yo elegía azul. Si me regalaban un carro de bebé, yo hacía carreras con él. Si me querían callada, protestaba. Y si debía ser rebelde como una buena feminista, entonces (y solo entonces) me ponía de rodillas. Llevar la contraria es una

vocación de cuna. Difícil de gestionar, así y todo. Por eso nunca le juzgué. Ese hombre desafiaba todas las convenciones sociales que conocía. Me gustaba entablar conversaciones con él sabiendo que no se espantaría con la obscenidad de mis comentarios. Al fin y al cabo, eran parte de la naturaleza humana y ninguno renegaba de su parte animal. La verdad es que le entendía, aunque no había conocido a nadie igual y yo tampoco era como él, o eso me decía para seguir aferrándome a mi intachable ética. Y aprendí, aprendí muchas cosas. La primera, a dejarme ser sin rendir cuentas a nadie. Ese fue el principio que calló a mi conciencia. Así fue como amordacé a mi moral.

Introspección I

Era el viaje de fin de curso, justo el año en que cumpliría los dieciséis. Recuerdo haber tomado un par de tintos, mezclados a partir de unos cartones y refresco de marca blanca. Luego abrimos la botella infiltrada en la habitación del hotel donde todos nos alojábamos. Fuimos pasándola, de mano en mano, con todos mis compañeros. La garganta me ardía con cada trago, pero abracé gustosa aquella nueva sensación. Se unió a nosotros un grupo de vascos. Venían de la otra punta del país, pero en el hotel ocupaban la habitación contigua. Aquel grupo que intentaba ligar conmigo y mis amigas se integraron con facilidad. Solo que ellas, cansadas por la madrugada, se fueron yendo hasta quedarme yo sola rodeada de unos afables desconocidos. Acabamos la botella, riendo como no lo había hecho en todo el viaje, descubriendo por primera vez las sensaciones del alcohol.

Había un chico especialmente divertido que llamó mi atención. Era el gracioso de manual de cada grupo adolescente, el típico que cuenta chistes verdes y te pasa el brazo descaradamente por encima del hombro. Cuando se insinuó empecé, coqueta, a hablar con él. Cerca había una chica morena, con flequillo y un pecho prominente. Yo estaba descubriendo mi sexualidad aún. Hacía

poco que había salido del armario y no desperdiciaba la ocasión de compartirlo, orgullosa y traviesa. Así se lo conté, con el brillo en los ojos que solo una mente sucia ilumina. Nos enzarzamos en una conversación en la que ella, entusiasmada, me confesó su bisexualidad. Compartimos las preguntas más tontas que nos habían hecho sobre nuestra orientación y hablamos de la fantasía de hacer un trío. Luego me contó que era la amiga de ese chico tan gracioso. Cuando dijo «amiga» quiso decir que, de vez en cuando, se perdían en un romance, porque amigos, en realidad, eran todos.

Nos dejamos caer en la cama de la habitación, riendo ante el vértigo de la cabeza dando vueltas. Divertida por el efecto del alcohol, noté las hormonas revoloteando inexpertas, con las ganas de explorar que se despiertan adolescentes. Junté mi cara a la de él, apenas a un centímetro de distancia, y le dije que tenía novio, con los ojos suplicantes de quien pide compasión. *No me lo pongas más difícil*, parecía decir mi dulce mirada de cordero. Porque, aunque tiempo después alardease de no haber hecho un trío por fidelidad, sabía que no me hubiera apartado al recibir un beso. Si él o ella hubiesen tenido la iniciativa de abordarme, los hubiese recibido con los brazos (y las piernas) bien abiertos. Desinhibida por el alcohol, pero motivada por mi deseo. Me hubiese despojado de toda mi moral. Estaba, en realidad, deseando hacerlo. Por ello dejé la puerta cerrada con una hebra de papel. Un cerrojo tan débil que un simple beso hubiera desgarrado, abriendo las compuertas a nuestro libre albedrío. No ocurrió porque atendieron a unas palabras tan vacías de contenido como «tengo novio», un novio que no conocían, pero que, por ley aprendida, respetaban. No pasó y los tres despertamos al día siguiente con la fantasía incumplida de haber hecho un trío. Oportunidad desaprovechada, experiencia perdida. Por pura fidelidad. Fidelidad a alguien que luego me dañó, al mismo que conocía de apenas unos meses. A aquel le fui más fiel que a mí y a mis ganas, según

pensé. No negaré que, años más tarde, me arrepentí. Me arrepentí de haberme frenado, de haber puesto por delante a alguien que no era yo y, por descontado, no estaba allí. Me arrepentí porque podría haberlo hecho y nunca jamás se hubiera enterado. Pero para eso antes tenía que aprender a mentir.

Introspección II

Un buen día la conocí. La joven de la que hablan todos los poetas. Era alta, morena, con unas piernas fuertes, dignas de una bailarina. Sus caderas se contoneaban con la gracia que solo la danza otorga y su risa era un estallido de felicidad capaz de evocarle los colores a un ciego de nacimiento. Era divertida, pervertida y extrovertida. Era una mujer de letras, una poeta, y yo la rebajé a musa. Le dediqué mis versos más sentidos, frutos del amor más dulce que mi pasión adolescente pudo concebir. Bebí los vientos por ella. Y aún hoy hay noches que el fulgor de las estrellas me deletrea su nombre. Era independiente, salvaje. Era tan libre que nunca supo, ni pudo, tal vez no quiso, quedarse a mi lado. Y eso, mi recta moral, no fue capaz de soportarlo. No es que la quisiera enjaulada, yo que me enamoré de sus alas. Pero quería saberme poseedora de sus versos, anhelaba que me destinara sus pensamientos, deseaba que me diera tanto como yo daba por ella. ¿La quería? ¿Sí? ¿A qué precio? La quería a mi lado. Y nunca supe, ni pude, en realidad no quise, quererla de otro modo. No supe compartir el brillo de sus ojos, ni pude evitar sentirme traicionada cuando besó otra boca, ni quise que su amor fuese libre y grande para repartir, pues yo, inepta, no me contenté con mi pedacito.

Esa joven parecía hecha para mí. Pero solo lo parecía, porque esa mujer era única y exclusivamente suya. No supe respetarlo, ni pude aceptarlo, y preferí perderla antes que quererla bajo sus propias reglas, tan distintas a lo que un día me inculcaron.

Introspección III

Era un espacio frío, a causa del aire acondicionado. Las paredes eran de un blanco impoluto y todo el mobiliario interior, banquillo, mesas..., parecía hecho de madera maciza. Hasta la cara del juez parecía tallada.

—¿Dónde se encontraba el miércoles día 3 de septiembre a las 23:07?

—Había ido a cenar con Lola, una amiga, al italiano que abrieron en la avenida.

—Afirma, pues, que no se hallaba en compañía de su hermano, Javier Hernández.

—No —respondí, apretando la mandíbula y viendo, por el rabillo del ojo, cómo Javier agachaba la cabeza.

—No hay más preguntas, señoría.

Salí de aquel juzgado aturdida, apática, casi desdoblada de mi propio ser. Hacía un sol esplendoroso para tratarse de octubre y el calor era pegajoso. Yo, sin embargo, deseaba fundirme en la chaqueta que cubría mi cuerpo, ajena al exterior. Devastada, solo quería evaporarme y desaparecer.

Recordaba con todo lujo de detalles la noche del 3 septiembre. Apenas acababan de traerme un plato de raviolis y setas cuando

el teléfono empezó a sonar. El tenedor cayó sobre mi falda, ensuciando el algodón rojo. Un tono, dos tonos, tres, cuatro. Irritada, por fin descolgué. «¿Se puede saber qué te pasa?». «Nada, yo estoy bien, hermana. Pero me voy de viaje un tiempo. Dile a papá que lo quiero y, si te preguntan, hoy te he invitado a cenar para despedirme de ti, donde tú quieras». Y colgó.

No entendí nada hasta que, al día siguiente, las imágenes del asalto a los grandes almacenes inundaron la televisión. Desconocía lo que había llevado a mi hermano a cometer un delito, a él, abogado de renombre felizmente casado, sin una sola mancha en su historial. Si había un buen motivo, yo no lo sabía. Pero no tardaron en llamarme a declarar. Al parecer, yo había sido su coartada o eso dijo cuando lo pillaron en un hostel de mala muerte a 340 km de su domicilio.

La noche antes del juicio no dormí. La pasé despierta, indagando en lo más oscuro de mi persona, apelando a mi parte más humana, evocando los primarios recuerdos infantiles. «Que es tu hermano, Claudia...», me decía. Intentaba acallar la conciencia que me acusaba de desleal. Pero por encima de ella, de mí y de él, estaba la ley, lo correcto, lo que hay que hacer. Tenía claro que no iba a cubrirle. No podía mentir, no estaba bien.

Ni siquiera por familia.